





# JURA MEDICALIA



Raül Prunell

# JURA MEDICALIA



Primera edición: enero 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raúl Prunell

ISBN: 979-13-87612-30-6

ISBN digital: 979-13-87612-31-3

Depósito legal: M-28367-2024

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A todas las personas que sufren la soledad y el dolor  
(residentes)*

*A todas las que nunca se olvidan de las primeras y lo demuestran  
(cuidadoras y cuidadores)*



*Todo es inventado, porque solo quien lo inventa todo se acerca a la verdad.*



## Capítulo 1:

# Hombre y Dios

HOMBRE: Yo nunca he estado en la guerra. He leído como mucho sobre el asedio y la liberación de Stalingrado. En la navidad de 1942 un soldado-enfermero alemán escribió a su mujer, en plena Segunda Guerra Mundial: «Querida Margaret, no puedo seguir alimentando tu esperanza. Tal vez esta sea la última comunicación que tenga con el exterior. Nunca había visto ni padecido tanto horror. Nuestras raciones de comida han disminuido a 50 gramos de pan y 12 gramos de grasa al día. Está todo lleno de heridos y muertos. Stalingrado es una fosa común y nada más. Perdóname por el amor que no te he dado. Perdóname».

Como he dicho, a diferencia de ese soldado-enfermero, yo nunca he vivido una guerra. Y, sin embargo, a pesar de la lejanía con el horror real, puedo decir que yo siempre he estado luchando. No soy nada más que un hombre corriente con dos manos y una cabeza, dos brazos de la misma longitud y dos piernas para andar. Tengo la boca sana y a la lengua me agarro para decir lo que diré: el sufrimiento se sabe y se mide según cada vida. Algunos padecen por algo aterrador y otros, en cambio, por una banalidad. Sea como sea, el sufrimiento pertenece a cada uno y nadie puede aducir la sentencia: «Tú has sufrido menos que yo».

DIOS: ¿Por quién has sufrido, hijo?

HOMBRE: He sufrido por mi familia. Por no llegar a cumplir todas sus expectativas, por estancarme, por haber perdido la fe en mi talento y por haber acabado recluido en una especie de sanatorio donde solo quieren que me calle, que agache la cabeza y me tome unas pastillas. Las llaman «las pastillas buenas». Es mentira. No hay «pastillas buenas».

DIOS: ¿Lo has hablado con los doctores?

HOMBRE: No, les odio. Lo hablé con un hombre decidido y valiente. Se llama Joshua y está inválido. Pero era de los míos. Quería salir de nuestra prisión y la odiaba tanto como yo. Hasta que me traicionó y decidió dejarme solo en la lucha. Y ahora se marchará muy lejos.

DIOS: ¿Y tu familia?

HOMBRE: Mis padres viven lejos de aquí y lejos de mi mundo. Y no entenderían cómo he acabado preso en esta residencia. Sería demasiado fuerte para ellos. Ellos son débiles, no son como yo.

DIOS: ¿Tú no eres débil?

HOMBRE: No. Yo soy «diferente». No le puedo contar más por ahora.

DIOS: ¿Has conocido el amor?

HOMBRE: Conocí a una mujer que vivía fuera de las normas. Amaba la música y me amó, o al menos me amó durante un tiempo. Se llama Jacquie. Todo lo que he hecho lo hice para recuperar su amor, para que me admirara como me admiró en la universidad con mis obras de teatro. Pero ella también ha cambiado, como Jos-

hua. Ahora prefiere estar sobria y cabal, y no espero que entienda mi obra.

DIOS: ¿Cuál es tu obra, hijo?

HOMBRE: Mi obra es una puñalada a los acomodados, es una denuncia de todo lo que se mueve bajo las alfombras, un manifiesto contra la injusticia y las clases medias. No hay clases medias, hay ricos o pobres, está el día y está la noche. No me interesan las transiciones ni toda la murga de las segundas oportunidades. Tenemos una oportunidad y una vida. Y tenemos el deber de atacar a los que nos dominan y jugar nuestra propia partida. Ahora.

DIOS: ¿Dónde está tu obra, hijo?

HOMBRE: En estas páginas. Este es el principio. Cuando esté acabada, ya no habrá quien niegue mi talento. Conozco el dolor de las almas y con ese dolor puedo construir cualquier historia. Mi libreto se llevará al cine y el público lo celebrará como celebraron *El graduado* o *Sin perdón*, no sé si las conoce. Sí, claro que sí, todo el mundo las conoce. Y también sabrán que yo escribí ese guion.

DIOS: ¿Te gustaría hacerte famoso?

HOMBRE: No sé, veamos..., qué significa ser famoso? Puede que sueñe con tener una piscina para sumergirme, sí, eso es verdad. Y poder comer marisco a menudo, sobre todo centollos, porque el marisco me estimula. También me gustaría tener a mano algunas rayas de coca de vez en cuando, para superar el agotamiento. Y nada más. Si la fama me proporciona todo lo que he dicho, puede que sí que la quiera en pequeñas dosis.

DIOS: ¿Te gusta tu trabajo?

HOMBRE: No, qué va. Mi trabajo consiste en clasificar expedientes y repartir correspondencia de una enorme organización. ¡Eso es una mierda! Ya no voy a ordenar más burocracia, me da igual. Solo lo hacía por el sueldo y tampoco era para echar cohetes. Mi verdadero trabajo es la denuncia.

DIOS: ¿A quién quieres denunciar?

HOMBRE: Por ejemplo, a las residencias como Jura Medicalia, como esta prisión. Están cargadas de buenas intenciones, de protocolos, muy humanitario todo, por supuesto, pero no son más que morgues en vida. Ahora están difundiendo el programa de los CSS.

DIOS: ¿Qué es eso?

HOMBRE: Son las siglas del programa «Cuidados sin sujeciones». Me parece que ese programa llega tarde, aunque mejor tarde que nunca. Y a ver adónde llega, porque aquí tenemos un estatus y sabrá que Jura no deja de ser un centro privado. Pero debe haber lugares mucho peores, por no hablar de las residencias públicas. ¿Cómo se aplican en la práctica los CSS con dos trabajadores para una planta de 30 enfermos dependientes? Que me lo expliquen, porque hasta que no lo vea con estos ojitos, no me lo creeré.

DIOS: Hijo mío, hay que tener fe. Todo requiere su tiempo.

HOMBRE: Y lo peor es lo otro. No me andaré con rodeos, no dispongo de tanto tiempo, como dice usted. Verá, aquí aparcen a los jubilados y a los enfermos y los encarcelan con pastillas de mil colores para que jamás puedan valerse por sí mismos. Somos su «exclusivo» ejército de pagadores, nada más.

DIOS: ¿Qué puedo hacer por ti, entonces?

HOMBRE: Hazme invulnerable. Y, sobre todo, hazme poderoso.

DIOS: Antes has dicho que no eras débil.

HOMBRE: Pero no le he dicho que fuese poderoso.

DIOS: ¿Qué harías con tanto poder?

HOMBRE: Dejar de sufrir. Construir mi propia vida, mis propias aventuras, mi propio escenario y no dejar entrar a los envidiosos ni a los cretinos. Yo soy como tú, si se me permite. Un creador sin igual, un caballero de la luz, el primero de todos, el único al que no sobornarán con billetes ni promesas.

DIOS: ¿Has venido para unir o para separar a los hombres?

HOMBRE: He venido a emplear mi vida como catalizadora del amor y del dolor, de la noche y del día, del agua y del fuego. No voy a decirte mis límites, porque quiero eliminarlos.

DIOS: ¿Te acuerdas del primer amor, del primer beso de tu vida?

HOMBRE: Me acuerdo de entrar en una cueva con una compañera del instituto, y de quedarme dormido mientras ella vigilaba por si nos atacaba alguien o bien por si acudían a nuestro rescate. No sé si me besó. Creo que me puso un dedo en la boca para dormir o para guardar silencio. No estoy seguro.

DIOS: ¿Te gustaría volver a verla?

HOMBRE: Sí. Mucho.

DIOS: ¿Cómo se llamaba?

HOMBRE: Se llamaba Rachel Bloom. *Bloom* quiere decir flor que se abre.

DIOS: Creo que ha venido a verte.

(...)

PRIMERA PARTE:  
JURA MEDICALIA



## Capítulo 2:

### Jura Medicalia<sup>1</sup>

El centro Jura Medicalia y sus residencias clonadas existen en varios lugares. La que nos ocupa, en concreto, era una entidad privada de iniciativa social —al estilo del Instituto Guttmann de Barcelona para la salud cerebral—, aunque con menos presupuesto. El objetivo principal de Jura radicaba en impulsar la rehabilitación integral de las personas afectadas por lesiones físicas o con trastornos mentales. Allí habían ido a parar Joshua Osterbach y Haze Dalembert, y también Jens Fargo, aunque cada uno por motivos diferentes.

Cuando Jens se encontraba relajado, paseaba por la sala de juegos. Allí encontró a Joshua una tarde, en su silla de ruedas, contando fichas de parchís. Era viernes y no había más usuarios a la vista. Jens se acercó al hombre mayor de las gafas de pasta negra y le preguntó si podía sentarse con él.

—Claro que sí —dijo Joshua señalando una silla—. ¿Te gusta el parchís? A mí, regular. ¿No crees que es un juego demasiado simplón?

—No lo sé. Hace años que no juego con fichas. Acostumbro a jugar, pero a otros juegos.

—¿Con apuestas? Ya, ya veo. A mí me gustaría apostármelo todo a que me marchó de aquí. Me lo jugaría todo.

---

1. Jura Medicalia: el título se puede traducir como «Derecho a las curas o a los cuidados» en una interpretación libre del autor.

—Pero estás en una silla de ruedas.

—Así es.

—¿Qué te ocurrió?

—Me ocurrió que un motorista no frenó a tiempo.

—Vaya, lo siento. ¡Qué putada!

—Exacto. Vivo en una gran putada. Y no solo por las piernas. Tampoco puedo ver a mi hija, la muy caradura, que se presenta solo cuando le da la gana.

—Al menos viene alguien a visitarte.

—Cuando viene —Joshua hizo una mueca de fastidio. Tocó una ficha roja y la colocó en el centro del tablero—. Y a ti, ¿qué te ha pasado?

—Bah, poca cosa. Una crisis por estrés en el trabajo. O algo parecido. No entiendo ni jota de siglas: TDAH <sup>2</sup>, PAS <sup>3</sup>, o alguna historia aún peor, una hipomanía o una disforia. ¡Qué sé yo! —añadió agitado—. Todo son etiquetas. No lo saben ni ellos. Digamos que tengo bastantes boletos en la rifa. Y por eso ahora me paso el día vegetando.

—Tranquilo, chaval. Si quieres, puedes activarte un rato conmigo. ¿Repartimos las fichas?

—Sí —pero ya estaba pendiente del altavoz de la sala—. ¡Joder, otra vez la bachata de los cojones! ¡A ver si cambian el hilo musical de una vez!

El hilo musical de Jura dependía del estado emocional de Sansón, el auxiliar geriátrico más veterano. Aquella tarde sonaba bachata y la bachata, en palabras de Sansón, «nunca empalaga». Pero, claro, Sansón seguía empeñado en sonreír a todo lo que se meneaba y le gustaba poner sonidos latinos a la vida.

Así pues, Jens y Joshua compartían aquel día la sala de juegos, que era una de las estancias comunes de los tres módulos de la institución. El módulo A correspondía al área de traumatología, a la que pertenecía Joshua. El módulo B se dedicaba a los enfermos

---

2. TDAH: Trastorno por déficit de atención e hiperactividad.

3. PAS: Persona altamente sensible.

neurológicos y por eso la habitación de Haze estaba allí. En cuanto a los pacientes con desórdenes mentales, como Jens, estaban ubicados en el módulo C.

Existía también otra zona común, que era la del jardín. Allí se paseaban unos y otros, o dormitaban bajo la sombra de algún árbol —había tres, en concreto— o leían periódicos y revistas atrasadas, o novelitas de esas que no quieren ni en las bibliotecas. Algunos también se refugiaban en el jardín para llorar lejos de los cuidadores, siempre dispuestos a cortar las hemorragias emocionales (e intestinales) de sus usuarios.

Aquel espacio verde también servía para las visitas de familiares y amigos. La impresión general de Jura era la de un lugar dinámico, fresco y asistencial, con vocación de crear un microcosmos amable. A veces sus trabajadores lo lograban y a veces se desataba alguna crisis, a menudo procedente del módulo C, en el que Jens ya había visto episodios de desesperación o de profunda apatía.



## Capítulo 3:

### Jens

Según el informe médico, a Jens lo habían ingresado en Jura por estrés laboral. De pequeño ya le habían diagnosticado TDAH en más de una ocasión, aunque ese diagnóstico puede confundirse con el perfil de una PAS. La ciencia y la medicina avanzan sin parar pero, de vez en cuando, también tropiezan. Fuera lo que fuese lo que le pasara a Jens, aquellos episodios no eran nuevos, pero sí el ingreso. Decían que era por su bien. Y la verdad es que estaba agotado y tenso.

Según algunos expertos, una de las terapias que mejor funcionan con las PAS o los pacientes con TDAH convalecientes es ocupar su tiempo libre —o sea, todo— en actividades creativas. Jens no tenía ningún talento para la pintura ni el dibujo. Odiaba hacer mandalas con lápices de colores. Tampoco le interesaban los legos ni los puzzles. La música le había esquivado en sus años mozos, pese a sus empeños adolescentes rasgando la guitarra. Creyó, más de una vez, que una guitarra le salvaría la vida. Fue un espejismo. Solo le sirvió para endeudarse y para disgustar a sus padres.

Sin embargo, se le daba bien la escritura, no sabía por qué. Y eso fue lo que hizo: ponerse a escribir. Era un pasatiempo fácil, solitario, y no necesitaba más que unos folios y un bolígrafo. En Jura sobran los folios, por suerte. Peor iban de bolígrafos, misteriosamente. En especial de bolígrafos rojos y verdes.

Bolis aparte, en cuanto al relato, ¿dónde iba a situar Jens su silla de salida? ¿En qué mundo, en qué negocios, en qué aventuras o desdichas? Como de momento no podía salir de Jura, tampoco podía documentarse de aspectos del exterior y confiaba a medias en su memoria. Tal vez su mejor herramienta fuera la observación lúdica de lo que le rodeaba en ese momento: los 34 internos del centro. Ellos serían su fuente de inspiración. No tenía mucho que ganar, pero casi nada que perder, porque le esperaban días de reflexión y aturdimiento, si las medicinas hacían el efecto esperado. Y tenía algo que en toda su vida de oficinista estatal nunca había tenido, tal vez lo máspreciado que existe en la vida: tiempo.

Cogió un cuaderno y anotó la fecha y el lugar. Empezaba su cautividad y el papel, a veces, sirve de flotador. O de obsesión. Con ambas alforjas, inició su camino en aquel centro médico que lucía pasillos blancos, suelo de baldosas grises y apliques azules para las luces. Un recinto neutro que desprendía un olor persistente y diario a polvos de talco.

Había un calendario de pared enorme frente a la entrada principal y también uno en cada planta —en total tres, más la azotea— para recordar los días sobrevividos. Porque allí la mayoría de los internos no vivía, simplemente sobrevivía. Era un lugar tenazmente limpio y acogedor, pero nadie se siente acogido cuando está fuera del mundo, de la sociedad, del estruendo. Jens Fargo encendería, con bolígrafos y papel, la linterna para iluminar aquella fortaleza de cemento y cristaleras cerrada a casi todo.

## Capítulo 4:

### Jens

En enero de 2023, Jens vendió su querida guitarra electroacústica. Esto fue lo que escribió en dos folios y medio para despedirse de ella:

*Goodbye, Bloody Guitar (23 de enero de 2023)*

Pues sí, tuve una guitarra. Para tocar la electro-acústica, como los buenos. La compré en 1996, en Bélgica, en una ciudad de estudiantes llamada Lovaina o Leuven, como prefieran.

Hace un mes y medio, en enero de 2023, la vendí por fin. Me hizo compañía durante 27 años, que es casi la mitad de mi vida. Todavía no he hecho el duelo, acaso lo haga hoy. La llamé Bloody Guitar por su color rojo sangrante, por su belleza y por todo lo que prometía. Tanta belleza se vendió por solo 350 euros, 50 menos de lo acordado. Me había costado el triple. Pero en fin, tenía que venderla algún día.

Nunca aprendí a tocarla. Esa es quizás la mayor paradoja. Yo quería ser como Knopfler, el líder de los Dire Straits. Llevar una cinta en la frente y subir y bajar por los trastes como quien baila swing. Todo a pedir de boca, Mark, todo tan fácil y tan lejano para mí. Lo que me queda de mi guitarra es una foto en una página de Wallapop.

¡Qué ironía o qué coincidencial! Una vez pensé que con ella colgando del hombro, yo también sería famoso. Y nunca lo he sido. Recuerdo gastar un dineral para comprarla en Leo Caerts, la tienda de Lovaina. Alguna vez me atreví a pasearla y fingir que yo también era guitarrista y cantante. Cantar, sí que canto. En mi piso, a solas. Y basta.

Hoy voy a decirle adiós.

Querida BG:

Los sueños valen su peso en oro porque duran lo que tardan en cumplirse. A veces es mejor que no se cumplan, porque entonces valen menos. Tú me has valido 27 años de un sueño incumplido. ¿Acaso es motivo para llorar, para ponerme triste? Puede que sí. Puede que no.

Escucho Brothers in Arms. Hace sol aunque en la canción llueva y se sucedan bautizos de fuego con cada muerte de jóvenes soldados. Mejor poner la banda sonora de Marvin Hamlisch de La decisión de Sophie, que se parece más a nuestra separación, BG, tú lo sabes. El joven Stingo recita emocionado, de pie, un poema de Emily Dickinson, Ample make this bed, ante los tremendos y frágiles Nathan y Sophie, abrazados en la cama. Muertos.

Que la cama sea amplia (*Ample make this bed*)

*Que la cama sea amplia  
Que esté hecha con cuidado  
En ella, esperad el juicio final  
Excelente y perfecto*

*Que el colchón sea firme,  
Que la almohada sea redonda  
Que ningún ruidoso amaneces  
Perturbe esta tierra.*

Te defendí, te llevé a la espalda, te transporté en viajes para no tocarte apenas. Te justifiqué sin ningún porqué. Pero me hacías compañía. Entonces sí había un porqué. Un porqué transparente como el agua que bebemos para vivir, para soñar despiertos: sí, tú eras mi sueño. Y eso nunca se frustró, jamás. Durante 27 años con sus 12 meses. Ni tampoco se frustraron tus seis cuerdas tan afiladas para mis dedos torpes.

Siento que tu madera pulida o lo que fuera aquella piel sangrante, me daba calor en el invierno, en el otoño, siempre que te sacaba de tu funda negra con letras blancas. Hoy te digo adiós. Y te echaré de menos.

Nunca tuve una relación tan larga. Debe ser normal llorar a un muerto. Yo lloro tu marcha. Quien te toque será feliz. Yo lo fui sin hacerlo. Nos quedan, al menos, 27 primaveras cómplices y juntos.

Queda la memoria, mi memoria.

*Go home, BG, and play for me wherever you live.*

J. F.



## Capítulo 5:

### Joshua

Joshua Osterbach, 64 años, padecía y padecía. Sus piernas estaban anquilosadas en una cama de la residencia de Jura. Estaba postrado por culpa de un accidente de tráfico en el que se llevó la peor parte cuando se le cruzó un motorista al que no pudo esquivar a tiempo. El motorista se salvó por el casco, aunque perdió un ojo para siempre.

Momentáneamente Joshua no podía caminar por su afectación en la zona lumbar de la médula espinal. Sus piernas se habían paralizado, aunque su lesión era de las que tenían mejor pronóstico y, con ayudas técnicas, perseverancia y medicación, algunos afectados de médula como él podían volver a caminar.

Cuando Sansón, el auxiliar geriátrico, le fue a cambiar el orinal a primera hora de la mañana, Joshua miró con desdén su bata azul claro. Tenía una mancha a la altura del bolsillo. Era una mancha deprimente, producida por un resto de yogurt, que Sansón «compensaba» con actitud bonachona y una sonrisa perenne. Trabajaba con alegría, seguramente él era el más alegre del lugar. Joshua, en cambio, se enfadaba por todo.

De joven, Joshua había emprendido y desarrollado un negocio de lanchas motoras que tocaba ahora a su fin por su jubilación. En su desempeño laboral se había hecho a sí mismo, con sus altos y bajos, y se había tomado ciertas licencias —él las llamaba viajes de trabajo— con una de las administrativas. La licencia duró

escasamente un año y aquella aventura no afectó realmente a su matrimonio.

A los 52 años, Joshua había enviudado por el cáncer de hígado que acabó con la vida de Daryl, su mujer y compañera de toda la vida. Hacía 36 años que la esposa de Joshua había dado a luz a Sondra, la única hija de ambos. El nacimiento fue un acontecimiento, porque Daryl había sufrido previamente dos abortos naturales y la confianza en ser madre había disminuido. Por eso, la llegada de Sondra fue tan celebrada como buscada.

La habitación de Joshua en el módulo A de Jura, la número 17, tenía dos camas, pero de momento solo la ocupaba él. El papel de las paredes representaba una especie de jardín floreado, con un fondo blanco y plantas estilizadas mirando al cielo. Tenía una cama apropiada, una mesilla de noche donde dejaba sus gafas de pasta de miope contumaz, sus kleenex, un espejo en un lateral con una pica para lavarse las manos y, apiladas al lado, dos cajas llenas que le había traído su hija Sondra el día del ingreso. Llevaba 19 días allí metido.

Las cajas guardaban fotos, álbumes y recuerdos, guardaban un diario personal, guardaban libros que Joshua leyó de joven y de no tan joven. Uno de los libros, *La Rosa Púrpura del Cairo*, descansaba en la mesilla de noche. Contenía un curioso punto de libro: el sobre con la supuesta carta que él tenía pensado escribir para Sondra y que, dos semanas y pico después del ingreso, todavía no había empezado a escribir. ¿Qué iba a decirle visto lo visto?

En el lavabo contiguo a la habitación, el auxiliar revisaba que el cepillo de dientes estuviera en su sitio y que el espejo no tuviera manchas. La limpieza era fundamental en Jura, casi obsesiva. Sansón regresó al cuarto para cerciorarse de que las pantuflas de Joshua se hallaran al pie de la cama. Unas pantuflas en su sitio para alguien incapaz de dar un paso podían parecer una ironía cruel.

No obstante, Sansón seguía siempre los mismos protocolos, sin importarle que fuesen más o menos absurdos. Aquel individuo

—con el pelo casi rapado, barba a medio afeitarse y un tonelaje considerable— hacía las cosas por inercia. Su jovialidad era honesta pero algo infantil. Como si después de atender tantos años y a tantos internos, todo le pareciera nuevo.

Al auxiliar le gustaba beber, vino o whisky en los días señalados, y siempre llevaba una petaca escondida en un bolsillo que le enrojecía la punta de la nariz cuando, a solas, le daba un lingotazo. Joshua toleraba el buen humor de Sansón y Sansón regañaba a Joshua por su mal humor. Parecían un matrimonio que ha recorrido varias paradas, aunque el uno y el otro se conocían apenas desde hacía tres semanas.

Sansón recogió los vasos de plástico vacíos de la habitación y le dio a Joshua un caramelo. Joshua lo cogió, miró el envoltorio y lo dejó en la cama.

—No me gustan los caramelos mentolados, Sansón.

—¿Y cuáles te gustan? Aquí no estamos en una fábrica de caramelos.

—Ya sé dónde estamos. En un sitio en el que yo no quiero estar. Parezco un preso inocente.

—¿Inocente, inocente tú? ¿Sabes cuál es tu crimen? Te lo diré. Tu crimen es quejarte por todo. Solo por eso, te mereces una larga condena —dijo Sansón entre risas.

—Tú, ríete, venga, haz leña del árbol caído. ¡Si pudiera levantarme, te daría una patada en tu culo gordo!

—Sí, pero de momento no puedes —dio un largo suspiro—. Oye, Joshua, al final conseguirás que ningún auxiliar se haga cargo de ti. No sigas por ese camino.

—¿Y qué me importan a mí los auxiliares?

—Te deberían importar. Somos tus mejores aliados.

—¿Con tus caramelos mentolados?

—Sí, con mis caramelos mentolados. Y ahora, si me permites, voy a seguir con mi ronda.

—¡Vete al diablo, tú y tus caramelos!

—Un placer visitarte, Joshua, como siempre.

